



BERESHIT: ENFOQUES FILOSÓFICOS DE LA CREACIÓN

«A través de nuestros ojos, el universo se percibe a sí mismo. A través de nuestros oídos, el universo escucha sus armonías. Somos los testigos a través de los cuales el universo adquiere conciencia de su gloria y su magnificencia».

Alan W. Watts

El Génesis, *Bereshit*, es el primer libro de la *Torá* y, por ende, del *Tanaj*, en él se narra, como su nombre lo indica, la Creación del mundo como lo conocemos, del hombre y sus experiencias tempranas en ese mundo.

Basta con leer los primeros versículos de esta narración de hechos para que comiencen a inquietarnos un sinnúmero de preguntas: ¿cómo se crearon el cielo y la tierra?, ¿quién los creó o siempre estuvieron creados?, ¿qué había antes?, ¿quién es este *Elokim* que, aparentemente, creó el mundo?, ¿por qué su nombre en hebreo se haya referido en plural?, ¿quién lo creó a Él?, ¿sigue existiendo?, ¿es, realmente, todopoderoso?, si, efectivamente, Él creó el mundo, ¿con qué propósito lo hizo?

Con el fin de compartir y aportar a la comprensión de algunos principios filosóficos universales contenidos en la Biblia, desde la narración del inicio del comienzo de la Creación, en estas páginas intentaremos dar una aproximación a determinadas respuestas alcanzadas por algunos de los numerosos sabios y filósofos de todos los tiempos que han intentado responder a todas estas preguntas y muchas más, así como brindaremos elementos para que el lector pueda profundizar en el conocimiento de esta narrativa.

UN MUNDO | CREADO

El primer versículo del Génesis establece el inicio del proceso creativo de un autor específico: «*Bereshit bará Elokim*», “En el principio creó Di-s» y prosigue narrando cómo fue creado el mundo. Es decir, las primeras “novedades” que introduce la *Torá* consisten en decirnos que el mundo *fue creado* y en presentarnos a Su Creador.

Estos conceptos, que si bien pueden resultar obvios, no existían en el intelecto humano hasta que la *Torá* los planteó de manera asertiva y contundente. Pero, ¿cuál es la intención del texto al iniciar la narración bíblica proporcionando esta información?, ¿por qué necesitamos saber que el mundo fue creado por un Ser determinado?, ¿para qué nos sirve saberlo?

Por un lado, la noción de un universo creado implica que su origen no fue un suceso aleatorio ni ocurrido al azar, sino que su construcción obedeció a las disposiciones de una Fuerza creativa que imbuyó al mundo un propósito específico y a cada una de sus partes, un objetivo particular que el hombre deberá indagar.

Por otro lado, la concepción de la Creación como un acto derivado de la voluntad de una entidad inteligente es indispensable para la conciencia moral y el sentido del deber que el hombre poseerá de manera inherente, pues como señala Martin Buber: «No existe la responsabilidad, si no existe ante quien ser responsable»¹. A través de dicha conciencia moral, el ser humano podrá enlazarse a un propósito trascendente sin el cual, simplemente, sería un animal racional que solo emplearía sus capacidades para satisfacer objetivos efímeros, esto es, sus necesidades básicas de subsistencia.

El tiempo de la Creación

El evento único e irrepetible de la Creación está esquematizado por la *Torá* en seis fases, las cuales corresponden a cada uno de los seis días descritos en el *Génesis*. Esta construcción discursiva, que expone en términos de “días” el proceso de la Creación, constituye para muchas personas motivo de debate y cuestionamiento científico-religioso, pues la narrativa bíblica parecería perder toda legitimidad a la luz de la ciencia que, con base en la Teoría de la Pangea y la Teoría de la Evolución de las Especies, ha datado en millones de años la edad de la Tierra.

Sin embargo, algunos sabios judíos coinciden en apuntar que cada uno de los “días” de la Creación corresponde a una era cuya duración pudo haber sido de millones de años. Por lo tanto, el texto bíblico no se opone ni contradice a la ciencia, simplemente, como hemos ya mencionado, debe analizarse

1. Buber, M. *Op. cit.* p. 46.



de manera intertextual², alegórica y filosófica para ampliar la comprensión más allá de su lectura literal.

Por otro lado, profundizar en el proceso de la Creación descrito por la Biblia exige, en primera instancia, comprender que el tiempo descrito en la narración no corresponde al concepto del tiempo establecido por el hombre, el cual está limitado por el espacio y la capacidad de percepción física del ser humano. La Creación es *meever la zman*, ‘más allá del tiempo’, es eternidad inconmensurable; por ello, no debemos circunscribir “el día” bíblico al espacio temporal predeterminado y conceptualizado por el hombre.

Este concepto de la Creación rompe con la estructura aristotélica lógica y racional de pensamiento de la que derivan nuestras nociones occidentales basadas en la existencia, en aquello que se asume existe porque es susceptible de ser percibido físicamente, aquello que puede ser observado y medido para comprenderlo y racionalizarlo a través de los sentidos.

De lo anterior se desprende que adentrarse en la narrativa de la Creación supone comprender, prioritariamente, que esta no responde a los paradigmas occidentales de lógica y razón, y que, para su estudio en profundidad, es menester intentar expandir ese sistema de pensamiento.

LAS FUERZAS | DE LA CREACIÓN

El estudio del Génesis consiste en dos vertientes principales: *Ma’ase Bereshit* y *Ma’ase Merkavá*³, columnas vertebrales para entender la Creación del mundo.

2. En este caso, las referencias intertextuales abarcan fuentes científicas.

3. *Ma’ase Bereshit* y *Ma’ase Merkavá*. Literal y respectivamente: ‘hecho primigenio’ y ‘hecho del carruaje’, este último en referencia al carruaje Divino de la visión descrita en Ezequiel 1 y otras manifestaciones Divinas descritas por otros profetas.

Ma’ase Bereshit: manifestación de Elokim

El Rambam explica que la primera columna, *Ma’ase Bereshit*, corresponde a todos los fenómenos físicos que podemos percibir y entender a través de la ciencia: la física, la geología, la astronomía y la geometría, por mencionar algunas de las disciplinas mediante las que podemos obtener información sobre la creación, su Creador y acerca de la conformación total del universo de acuerdo con Su plan, pues, como apunta Spinoza:

«Como sin Di-s nada puede ser ni concebirse, es indudable que todo lo que hay en la naturaleza, considerada con su ciencia y perfección, envuelve y supone el concepto de Di-s, de donde resulta que a medida que conocemos mejor las cosas naturales, mayor y más perfecto conocimiento adquirimos de Di-s»⁴.

En la narrativa bíblica, primero se introduce *Ma’ase Bereshit*, es decir, el relato de la Creación física del mundo. La frase inicial del texto afirma: «*Bereshit bará Elokim*»⁵(...)» “en el principio creó Di-s(…)” (Gn 1:1). El término *Elokim* indica que el universo material fue creado por la cualidad con la que el Todopoderoso se manifiesta en la dimensión física.

Elokim es sinónimo de ‘poder’ o ‘fuerza poderosa’ y refiere el concepto genérico de un poder primordial. A partir de esa primer mención, el texto emplea el término *Elokim*⁶ para referir la existencia de una sustancia omnipotente que gobierna sobre todo el universo y dicta las leyes naturales que rigen todo lo creado: desde la estrella más lejana hasta el hombre. Si bien esta es una de las razones por las cuales la palabra corresponde a una forma plural, pues alude a las diferentes

4. Baruj Spinoza, *Op. cit.* p. 39.

5. Debido a que la tradición establece la santidad del término *Elokim*, generalmente traducido como ‘Di-s’, su representación gráfica y pronunciación correctas se reservan para los servicios litúrgicos y rituales, alterándose en el uso cotidiano mediante la sustitución de la letra *Hei* de su representación gráfica original, que fonéticamente corresponde a la ‘h’, por la *Kuf*, representada con la ‘k’.

6. El vocablo *Elokim* también se emplea en otros contextos de la narrativa bíblica para indicar el poderío de individuos específicos, por ejemplo, los Jueces.



fuerzas del cosmos, todas ellas gobernadas por un poder superior, el plural obedece, en primera instancia, al contexto teológico politeísta de la época en que fue escrita la *Torá*.

De modo que la narración bíblica inicia presentando a *Elokim*, la fuerza encargada de la Creación y del universo; la sustancia de Di-s que se manifiesta a través del mundo físico y de todo lo creado. En términos cabalísticos es la *Shejiná*, la ‘Presencia Divina en la Tierra’, la energía creadora presente en el mundo material con la cual el hombre vive en simbiosis, por lo que sus acciones se afectan de manera recíproca tanto ambiental como moralmente y provocan repercusiones, positivas y negativas, en el universo.

Ma’ase Merkavá: manifestación de Ado-nai

Por su parte, la segunda columna, *Ma’ase Merkavá*, se refiere al vehículo mediante el cual el Todopoderoso se manifiesta metafísicamente en el mundo por Él creado; corresponde al mundo integrado por todo elemento abstracto que sabemos, por intuición o lógica, que existe más allá de lo perceptible. Esta dimensión es presentada una vez que ha concluido el relato de la Creación del mundo material: «(...) *beyom asot Ado-nai Elokim* (...)» “(...) El día que *Ado-nai*^[7] *Elokim* (...)” (*Ib.* 2:4). Con estas palabras la *Torá* introduce el nombre propio, único e individual del Todopoderoso, el cual define lo singular, la unicidad.

Ado-nai es un poder omnipresente, omnisciente; es el *Ein Sof*, el ‘Infinito’ cabalístico eterno, perenne; es la sustancia del Todopoderoso que posee voluntad y propósito, la cual el hombre no puede afectar porque es inmutable. Mai-

7. La palabra *Ado-nai*, que suele traducirse como ‘El Señor’ o ‘Señor’ se emplea para sustituir la representación escrita y la pronunciación del tetragrámaton: *yud, hei, vav, hei*, nombre Divino impronunciable. Debido a que la tradición establece la santidad del término *Ado-nai*, lo escribimos escindido por el guión y, por el mismo motivo, su pronunciación se restringe a los servicios litúrgicos y rituales, sustituyéndose en el uso común y cotidiano por el vocablo *Hashem*, cuya traducción es ‘El Nombre’.

mónides explica la esencia de esta fuerza, que nos revela la Biblia, de la siguiente manera:

«¿Por qué razón esta flor es amarilla y esta otra, roja? ¿Podría ocurrir esto sin un ser determinativo? Este ser determinativo es Di-s, por lo tanto, el mundo entero necesita un ser que determine su conjunto y cada una de sus partes con una particularidad especial.

Ya te hice saber que es un principio fundamental de toda religión el principio de que Di-s ha producido el mundo de la nada absoluta y no en un comienzo temporal y el tiempo es cosa creada»⁸.

Ado-nai correspondería, en términos aristotélicos, a la *fuerza motora* cuya construcción y cuyo funcionamiento se caracterizan por patrones constantes.

Aristóteles reconoce la existencia de una causa eficiente, una forma pura de la cual ha emanado toda la materia; sin embargo, no cree que la existencia del mundo resulte, necesariamente, de un Creador, pues considera que el universo no pudo haber sido creado, ya que es perpetuo e imperecedero.

Por su parte, Maimónides afirma la existencia de un principio antes del cual nada existió fuera de Di-s, quien creó al mundo y le dio forma como su *causa eficiente*, es decir, imprimiéndole Su voluntad y propósito, los cuales determinan la naturaleza del universo, en el que, señala, nada cambia, salvo alguna particularidad que pudiera obedecer a la gracia Divina. Spinoza, en su *Ética* (1677), también comparte este planteamiento: «Todo cuanto es, es en Di-s y sin Di-s nada puede concebirse. Di-s es, absolutamente, causa primera».

De acuerdo con las nociones anteriores, podemos decir que todo lo que ha nacido posee, forzosamente, una causa eficiente que lo ha hecho nacer, la cual, para Aristóteles, está constituida por un poder ajeno, distante, que no se manifiesta en este mundo, que no sabe quiénes somos ni conoce las venturas y desventuras de nuestras vidas; mientras que Maimónides reconoce en ella a la Pre-

8. Maimónides, *Op. cit.* p. 37.



sencia Divina, a ese Di-s permanentemente cercano con quien nos comunicamos de manera directa, cercana, familiar y quien, incluso, sufre con nosotros.

| La interacción de las fuerzas |

Ambas sustancias Divinas, que constituyen las dimensiones física y metafísica de *Elokim* y *Ado-nai*, respectivamente, interactúan y ponen en movimiento las fuerzas necesarias para dar lugar a la Creación del universo. A esta interacción se refiere el orden conferido a los nombres de Di-s en una de las frases más reiteradas de la liturgia judía: *Ado-nai Hú ha Elokim*⁹, es decir, *Ado-nai*, la fuerza que determina con voluntad y propósito, creó el universo a través de *Elokim*, Su manifestación física.

El Rambam enfatiza en esta interacción como la fuerza para dar existencia y movimiento constantes al universo:

«Di-s lo rige todo mediante la fuerza que la Biblia llama ángeles. No hay aquí abajo ninguna planta ni hierba que no tenga una estrella en el cielo, una estrella que la toque y le diga ¡crece! Los filósofos hablan de seres racionales inmateriales y la Biblia los llama ángeles. Estos seres racionales son los intermediarios entre Di-s y el ser. A través de ellos se mueven las esferas^[10] y este movimiento es la causa de todo crecimiento y descomposición.

Los ángeles no son cuerpos. También lo ha dicho Aristóteles. Aristóteles dice

9. Literal: '*Ado-nai*, Él es *Elokim*'.

10. Según Abraham J. Heschel, para el Rambam el universo es un todo orgánico de partes armónicas, como el organismo humano. La Tierra es el centro del universo y se halla rodeada de innumerables esferas celestes en constante movimiento. Cada acontecimiento que se produce en el mundo tiene su origen en el movimiento de las esferas. Maimónides creía que las ideas de Aristóteles sobre el movimiento de las esferas, de la que deducía la existencia de seres racionales inmateriales, eran las que se aproximaban más a la verdad, aunque fuesen solo aseveraciones de las que no existía aún ninguna prueba válida. Sus ideas a este respecto eran las siguientes: es indiscutible que a cada una de las esferas le corresponda, verdaderamente, un alma; el hecho de que la esfera orbite implica que tiene un principio debido al cual se mueve y este principio es, sin lugar a dudas, un alma; el hecho de que las estrellas difieran entre sí, tanto en su rapidez o lentitud de movimientos como en su dirección, es prueba de que hay una esfera; probablemente haya tantos seres racionales inmateriales como esferas; toda esfera anhela al ser racional que es su causa y determina su movimiento.

inteligencias separadas, mientras que nosotros decimos ángeles. Él dice que esas inteligencias separadas son también intermediarias entre Di-s y los otros seres y que por su intermedio se mueven las esferas, lo que es la causa del nacimiento de todo lo que nace. Sabes que la palabra *malaj* ['ángel'] significa mensajero, cualquiera que ejecuta una orden es un *malaj*.

Se confirma la creencia en la existencia de los ángeles y se deja establecido que eran varios. No hay entonces riesgo de equivocarse y de tomarlos por Di-s, pues Di-s es uno y es Él quien ha creado la pluralidad.

A todo profeta, fuera de Moisés, nuestro maestro, la revelación le llegaba por intermedio de un ángel»¹¹.

Ado-nai es, entonces, como señala Buber: «La confirmación incesante y renovada de la unidad divina en la multiplicidad de sus manifestaciones»¹², mismas que podemos percibir y apreciar con nuestros sentidos físicos a través de *Elokim*.

El mundo creado: un lugar para el hombre

Como ya hemos señalado, el texto bíblico comienza relatando que el mundo fue creado por el Todopoderoso: «בראשית ברא אלקים», "*Bereshit bará Elokim*", 'En el principio creó Di-s', breve enunciado, cuyo contenido es mucho más profundo que la simple afirmación literal que realiza.

Parte de la codificación de este primer *pasuk*, 'versículo', está relacionada con la primera letra que aparece en la *Torá*, la letra *Bet*¹³, ב, cuya forma, cerrada en su parte posterior, advierte la inutilidad de intentar indagar qué existió antes de la Creación; mientras que su apertura en la dirección de lec-

11. Maimónides, *Op. cit.* p. 37.

12. Buber, M. *Op. cit.* p. 46.

13. La *Bet* es la segunda letra del alfabeto hebreo.



tura del texto¹⁴ indica que las letras y palabras subsecuentes aparecen ahí para el conocimiento del hombre, pues como se afirma en *Deuteronomio* (29:28): «*Hanistarot la Ado-nai Elokeinu vehaniglot lanu ulebaneinu*», “los secretos pertenecen a *Ado-nai*, nuestro Di-s, y las revelaciones a nosotros y nuestros hijos”.

Ahora bien, este primer versículo expresa: «*Bereshit bará Elokim et hashaim veet haaretz*», “En el principio Di-s creó los cielos y la tierra”, e inmediatamente comienza a describir las características de la tierra: «*Ve haaretz haitá tohú vavohú vejoshéj al pnei tehom*», “y la tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo” (Gn 1:2). Tras esta descripción, el texto prosigue con la narración de la Creación sin volver a mencionar “los cielos”, cuya existencia la *Torá* “comenta” sin entrar en mayores detalles como lo hace al describir el estado de la tierra.

Esta “omisión” alude a que la dimensión celestial no corresponde al ser humano, por ello se concentra en establecer el contexto físico propio del hombre: la tierra como un lugar para él y de él.

El ADN del mundo

El *Zohar*¹⁵, el *Libro del esplendor*, afirma que nuestro mundo está dominado por la energía de *gvurá* —‘poder, ‘fuerza’, ‘rigor’—, la cual se halla conectada al atributo Divino del juicio, *din*, que determina una realidad en la cual rige la ley causa-efecto.

Este planteamiento permite comprender el origen del paradigma que confiere sus características a la realidad prevaleciente en nuestro mundo, la cual, gobernada por esta energía, define la tendencia conductual negativa del hombre descrita por la *Torá*: «*Yetzer lev haadam rá’a mineuráv*», “la in-

clinación del hombre es mala desde su mocedad” (*Ib.* 8:21).

En esta realidad, el progreso se desarrolla a partir de conflictos, la adversidad es el ámbito en que se manifiesta la virtud del hombre y constituye uno de los motores que conduce a los grandes avances de la civilización, motivados también por la competencia en la búsqueda de hegemonía, la cual pertenece a quien ostenta mayor poderío y fuerza.

De modo que la *gvurá* constituye la razón mística que legitima la dialéctica hegeliana, la cual establece que para modificar el *status quo* (la tesis), este debe atravesar por una etapa de antagonismo (antítesis) que dé lugar a mejores circunstancias (síntesis), proceso cíclico que se repite periódicamente, pues después de cierto lapso, la síntesis se convierte en la tesis que se ve enfrentada a una nueva antítesis, dando como resultado el nacimiento de una nueva síntesis.

La dialéctica ha sido un instrumento crucial en el desarrollo de la humanidad y la *Torá*, cuyo principal interés se centra en el hombre y el mundo para el cual fue creada, guía al ser humano en ese proceso evolutivo brindándole las herramientas que le ayuden a solucionar las tensiones, las tragedias y los conflictos que permean su realidad; le ofrece recursos para que contrarreste y se sobreponga a la tendencia negativa y dominante de *gvurá* a fin de que pueda transformarse en el mejor ser humano, en el ser supremo de la Creación.

14. El hebreo se escribe y lee de derecha a izquierda.

15. *Zohar*. Obra primordial para la cabalá en la que se fundamentan los conocimientos y principios de la mística y la metafísica judías.